

Reminiscencias

Antes de escribir este libro Stuart Schneiderman había publicado cuatro ensayos que constituyen una introducción a la obra de Jacques Lacan. El primero en 1971, en *Diacritics*; el segundo en 1978, en *Psychology Today*; y los dos últimos en 1980, en un volumen sobre la Escuela Lacaniana que compiló y tradujo para la *Yale University Press* y lleva por título *Returning to Freud*.

Lacan: La muerte de un héroe intelectual (Harvard University Press, 1983; Gedisa 1996), es una narración escrita en primera persona a partir de “*reminiscencias*”. Como escribe su autor en las primeras páginas del segundo capítulo: “*Sería muy hipócrita de mi parte ponerme a hablar de la vida de Lacan cuando lo que me indujo a escribir este libro fue la muerte de Lacan. La muerte de un hombre a menudo nos lleva a hacer el intento de reconstruir su vida, de juntar las piezas del rompecabezas... [...] ...comenzar por el principio es partir del momento en que llegué a París para comenzar mi análisis didáctico con Lacan. [...] Me había correspondido el honor de ser el único norteamericano que iba a formarse con Lacan. [...] Los hechos que voy a referir forman parte de mi experiencia y tengo que contarlos como los vi y los comprendí.*”

La estadía de Schneiderman en París transcurre entre los años 1973/1977, durante ese período los centros de actividad lacaniana a los que hace referencia eran la Escuela Freudiana, que Lacan había fundado en 1964; el Seminario, que dictaba desde la década de 1950; la Universidad de París en Vincennes, donde desde 1968 funcionaba un Departamento de Psicoanálisis; y la práctica clínica de Lacan, así como la de aquellos que habían recibido su influencia.

El libro describe las escisiones que precipitaron la disolución de la Escuela Freudiana de París, analiza la posición de quienes intervinieron en dichos conflictos y los hechos que constituyeron sus antecedentes trayendo a la luz episodios cruciales. Schneiderman se refiere a la Asociación Psicoanalítica Internacional –que Lacan distinguió con la sigla SAMCDA, “Sociedad de Asistencia Mutua contra el Discurso Análítico”–, para señalar de qué manera en 1963 los intereses del grupo jugaron contra Lacan cuando fue excluido,

excomulgado, y su enseñanza estigmatizada. A partir de este estigma –señala–, Lacan se convirtió en un héroe para mucha gente. La Asociación Psicoanalítica Internacional había echado las bases para que sus palabras se convirtieran en un evento que poco a poco transformaría el discurso que sustentaba la existencia de los que lo rodeaban. Así descritos, los acontecimientos nos remiten a una observación de Germán García, cuando a propósito de la difusión de Jacques Lacan en la Argentina escribía en la revista *Descartes 4* (julio/1988), que en cada caso “la enseñanza de Jacques Lacan recibió la connotación de sus receptores, de manera que el efecto de sus *dichos* no es independiente de los efectos del *decir* que los sostuvo en las diferentes ocasiones”. Para Schneiderman había “*una inconfundible cualidad trágica*” en el lugar que Jacques Lacan ocupaba en los grupos psicoanalíticos en Francia, los conflictos y las escisiones siempre trascendían transformándose en acontecimientos públicos. Si bien “*exhibía la clase de fuerza de carácter necesaria para el heroísmo ético*”, la mística, así como el aura que lo rodeaba resultaban un elemento perturbador. En 1973 –leemos en el primer capítulo– “*Lacan me recordaba al Rey Lear. Sin duda Lacan no era un Hamlet que obrara con dilaciones, ni un ser dubitativo, torturado por el narcisismo y la culpa. [...] Como dijo Lacan, el Rey Lear nos muestra que cuando el hombre emprende el camino de su deseo, avanza solo y traicionado. Quien se encuentre en el papel de Lear no pensará que el destino es muy benévolo. Ni que existen muchos modos de eludirlo.*”

En esos años el Seminario constituía el centro de la actividad intelectual parisina; era un acontecimiento al que habían asistido Barthes, Leiris, Derrida, Althusser, Merleau Ponty, Jakobson, Ricoeur, Sollers, Kristeva y muchos otros. Un acontecimiento donde una multitud contemplaba “estupefacta al hombre-enigma” –como subraya Jacques-Alain Miller en la “Presentación de ‘*El Sinthome*’” para ediciones Seuil–, y recibía el “*ipse dixit* aguardando una iluminación” que se hacía esperar. Aun cuando en ocasiones los temas podían ser abstractos y oscuros, el hecho de estar allí escuchando a Lacan exponer le daba a la gente la sensación de participar en un importante evento intelectual que nunca dejaba de ser un incentivo. Schneiderman lo describe diciendo que Lacan sabía dirigirse al público en forma directa, hablaba con estilo y gracia dando la sensación de que se dirigía a cada uno personalmente. La gente siempre

encontraba en sus clases elementos significativos –esta era una de las razones principales por las que tantos se congregaban para escucharlo–, “*era un clínico excelente*”.

Cuando Schneiderman llega a París, estaba dictando el *Seminario 20. "Aun"*, comenzando con la transición que constituye lo que Jacques-Alain Miller denomina “la última enseñanza de Lacan”. Un período de su enseñanza donde introduce el concepto de *lalengua*, el nudo borromeo y el *parletre*, junto con la afirmación de que el psicoanálisis no es una ciencia sino una práctica. Cabe aquí dar todo su peso a lo que afirma años después, en la clase del 20 de enero de 1976, en “*El Sinthome*”; lo cito: “Uno sólo es responsable en la medida de su saber hacer. ¿Qué es el saber hacer? Es el arte, el artificio, lo que da al arte del que se es capaz un valor notable, porque no hay Otro del Otro que lleve a cabo el Juicio Final.”

Esta orientación marca el pulso del relato y confiere su sentido a la experiencia que testimonia Schneiderman cuando se refiere a la transformación que experimentó a lo largo de su análisis con Lacan. Por ejemplo, cuando al hablar del uso de la sesión breve y la regla analítica escribe que la “*presión combinada de la brevedad de las sesiones y su imprevisible interrupción*” creaban un estado que intensificaba la propia tendencia hacia la asociación libre. Las asociaciones surgían “*desconectadas en una serie o cadena*” donde cada pensamiento era “*una unidad distinta*”, que se contaba como una, sin convertir esos pensamientos en una unidad que tuviera “*coherencia y consistencia*”. El último elemento en la serie o cadena conectaba a los otros “*de una forma que no podía haberse comprendido antes de que surgiera ese nuevo elemento. [...]* Así solía suceder que, apenas salía del consultorio de Lacan, un nuevo pensamiento brotaba en mi mente, y este pensamiento, o la serie de asociaciones que había producido, se convertían en el tema de la siguiente sesión.” Las asociaciones más importantes no eran solamente las que se producían en las sesiones sino también, las que se producían *entre* sesiones. “*Lacan nunca trataba de unir las cosas para que se asociaran en una declaración unificada de significado.*” Las sesiones “*eran casi siempre de final abierto; siempre dejaban algo más que decir.*”

Lacan no decía que asociáramos libremente –explica Schneiderman–, lo que sí hacía era construir las sesiones para que eso fuera lo que estuviéramos obligados a hacer. Esto le confería “*más solidez a uno de los grandes gestos fundacionales de Freud: su idea de que no debería haber temas premeditados para las sesiones*”, y que cada analizante tenía que hablar simplemente de cualquier cosa que se le ocurriera. La asociación libre –leemos– no se centra en un tema en particular; transgrede las reglas normales de conversación y en este sentido permite que cada analizante diga cosas que nunca diría. Al dar prioridad a la contingencia, Lacan prescindía de cualquier consideración del *yo* –así como de cualquier consideración de la relación que el *yo* mantiene con el *yo ideal*–.

No sólo no intelectualizaba –escribe Schneiderman–, sino que no fomentaba ni apoyaba el uso de esa defensa, nunca daba tiempo para intelectualizar. Esto no quiere decir que algunos no lo intentaran, pero dado que “*no aceptaba tal clase de racionalización*”, finalmente se veían obligados a abandonarla. Lacan “*nunca se colocaba en la misma frecuencia*” que el analizante, “*siempre había malos entendidos. No intentaba encontrar áreas de concordancia y armonía, sino que mantenía escrupulosamente una fructífera*” y amable discordia. Siempre daba “*la impresión de que escuchaba algo distinto de lo que se decía.*”

Las observaciones citadas nos remiten a la idea, o al menos al registro, de que en la experiencia analítica un analizante siempre está en relación con algo que elude lo que puede comprenderse. A ese referente Lacan le dio el nombre de “real”. Como señala Jacques-Alain Miller en sus clases de los años 2004/2005, si tomamos estos párrafos al ras de la práctica, vemos que el psicoanálisis conduce a algo que no se enlaza con nada –conduce a una reducción–, y a medida que la experiencia analítica se desarrolla se torna cada vez más evidente que esa es la clave de lo que está en juego. Poner en marcha la operación analítica –así entendida– supone haberse desprendido de la ilusión según la cual el desciframiento despejaría una verdad última.

Además de aspectos sustanciales acerca de cómo trabajaba Lacan en el contexto de su última enseñanza, Stuart Schneiderman nos brinda en este libro una perspectiva sobre aquello a partir de lo cual opera el psicoanálisis. “*Lacan definió la práctica psicoanalítica como un encuentro repetido con lo imposible*

–escribe en el octavo capítulo–. Y ubicó esa práctica en la figura del nudo. El impedimento del psicoanálisis, que primero notó Freud, no es un consejo de desesperación. Todo lo contrario. Precisamente porque es imposible, el psicoanálisis produce resultados, deja que las cosas ocurran fuera de él, deja que la gente exista. Como homenaje póstumo a Lacan ofrezco estas apresuradas notas. Lleva tiempo hacer un psicoanálisis, pero sólo un momento terminarlo.”

Alicia Alonso, julio/2022